

COMMONWEALTH

Londres

Vol. XV, núm. 5, octubre 1971

MICHAEL WOLFERS: *The Chinese presence in Commonwealth Africa, and its significance* («La presencia china en el África de la Commonwealth y su significado»), pp. 109-111.

Antes del año 1960 la ayuda de China a los países africanos (sobre todo los de África tropical) fue de bajo nivel. Pero desde que en julio de 1970 el Gobierno de Tanzania firmó un acuerdo con el Gobierno de Pekín para que éste proporcione los fondos necesarios para la construcción de una larga línea férrea que irá desde la costa de Tanzania hasta la capital de Zambia, esto ha despertado preocupaciones respecto a los propósitos y la intensidad de la iniciada penetración de la China de Mao en las costas de África Oriental. Los observadores anglosajones recelan de que esa penetración china tenga propósitos ocultos; y se preguntan cuál puede ser el programa inmediato de una presencia y una acción china que tienden a intensificarse en los países negros relacionados con la Mancomunidad británica.

Michael Wolfers, corresponsal en África Oriental del diario londinense «The Times», ha recorrido y examinado sobre el terreno todas las comarcas de los países africano-orientales por donde pasará el ferrocarril desde Dar As Salam hasta Lu-

saka, así como parte de los otros países o territorios contiguos que pueden verse afectados por las consecuencias directas o indirectas de la construcción y el funcionamiento de la futura vía de penetración afro-chinesca. Unas consecuencias que indudablemente desborden el terreno de las aplicaciones a la economía y las comunicaciones regionales, para facilitar una penetración política y político-social.

En relación con las interrogaciones y los pronósticos acerca de lo que los dirigentes de Pekín esperan conseguir al desarrollar su llamado «Programa de ayuda africana» (tanto en Tanzania como en otros puntos), Michael Wolfers hace notar lo general de una convicción existente entre todos los especialistas británicos que actúan en África tropical. Es la de que cada chino que pone el pie en cualquier parte de África es un agente más o menos secreto, pero siempre cuidadosamente entrenado para ir desplazando todo lo posible cualquier influencia no sólo británica, sino europea en general. Existe además la circunstancia ambiental de que el tipo de vida de esos chinos es, con su simplicidad aparente y su disciplina cerrada, más comprensible y accesible para la mentalidad y los usos tradicionales de vida comunal entre los negros de las costas africanas que dan al Indico que los usos y los programas más complejos que les ha venido ofreciendo la formación anglosajona.

En África la Commonwealth ha sido tan profundamente moldeada por la influencia británica que ahora es difícil per-

cibir qué es lo que surge accidentalmente en la acción china y qué es lo que dicha acción intenta deliberadamente.

En todo caso parece que el mayor peligro consiste en que los cambios de usos externos introducidos por los chinos conducirán más tarde a un cambio de metodología entre los africanos con prejuicio para ellos mismos. Entre tanto, el Jefe del Estado de Tanzania, Dr. Nyerere, hace exposiciones verbales manifestándose fiel a la política de no-alineación. Pero es evidente que una verdadera conducta de no-alineación sólo puede efectuarse y ser positiva mediante una doble tarea de inspiración en las tradiciones indígenas, y de selección de las influencias extranjeras poderosas, para no tomar de ellas más que lo conveniente para el interés de los africanos mismos.

R. G. B.

#### CONTEMPORARY REVIEW

Londres

Vol. 219, núm. 1270, noviembre 1971

PAUL ROSE, M. P.: *The Northern Ireland problem* («El problema del Norte de Irlanda»), pp. 230 a 233.

El sonido del cañón nunca ha estado lejos de la superficie de la política irlandesa, y el Norte de Irlanda está prisionero de su propia historia turbulenta. El actual internamiento solamente ha tenido el efecto de exacerbar la violencia y las tensiones preexistentes. Así el recuerdo de la rebelión irlandesa contra la dominación inglesa en 1798 es la raíz más profunda de las actuales disensiones. Después de que fueron deshechos a cañonazos más de 30.000 campesinos desesperados, incluso mujeres y niños, Gran Bretaña impuso la unión en términos inaceptables para la mayoría del pueblo irlandés, y aquello fue el legado de violencia y odio que ha persistido hasta hoy. De hecho el Acta de Unión de 1801 incorporó Irlanda dentro del

Reino Unido como una parte integrante de la nación. Y nunca cesó su intento de extinguir el ideal del separatismo irlandés.

Muchos de los dirigentes de la rebelión de 1798 eran protestantes, influidos por la filosofía de la Revolución francesa tanto como por la idea del separatismo irlandés. Lo mismo ocurrió con los «jóvenes irlandeses» de 1848. Igualmente el gigante parlamentario del «Home Rule» y la agitación agraria, Parnell, procedía de la clase acomodada protestante. Sin embargo la masa de los «rebeldes» se componía de pobres campesinos católicos y de artesanos, junto con algunos profesionales. Entonces fue cuando nació el movimiento Feniano, muchas de cuyas actividades se dirigieron desde los Estados Unidos, hasta que al final fracasaron. Sin embargo, al mismo tiempo Parnell y Davitt, a través de la «Land League» y la agitación parlamentaria actuaban en pro de una reforma agraria, aliada con los objetivos de una autonomía.

Después de una larga pausa se llegó en 1916 a la acción de quienes crearon la «Irish Citizens Army», inspirada en el antiguo movimiento feniano y que provocó la revuelta armada del mismo año; también sangrientamente reprimida. En 1920 el Gobierno británico llegó a conceder a Irlanda una nueva Constitución, con el objetivo deliberado de fomentar escisiones entre los irlandeses protestantes y católicos al partir Irlanda entre el Norte y el Sur, con un predominio protestante en la parte del Ulster, que fue proclamada «leal a la Corona» (aunque en otros tiempos dio muchos líderes para la lucha por la independencia irlandesa). En realidad la partición de Irlanda condujo a la guerra fratricida actual; y a las fundadas acusaciones contra el Primer ministro del Norte, de haber actuado en conexión con el Gobierno británico para dar caza a los llamados «patriotas irlandeses».

A pesar de que la situación en el Norte de Irlanda haya llegado a una extensión de combates entre la lealtad a Gran Bretaña y la lealtad a la República, hay una

halagüeña esperanza en la formación de un nuevo partido centro izquierda en Stormont, en el cual se une casi la mitad de la oposición. Es curioso que tanto el partido laborista denominado «Loyalist Labour Party» y el «Republican Labour Party» han repudiado a sus representantes parlamentarios. Este sector es ahora el representante reconocido de la minoría, pero no se ha abierto paso para proporcionar un puente necesario de enlace con los obreros protestantes.

Ahora las tropas británicas están a caballo sobre unas líneas de división que recuerdan lo que pasó en Chipre, en la India, en el mandato de Palestina o en Aden. El movimiento que unió a protestantes y católicos en una única petición accesible para iguales derechos, ha sido reemplazado por un sectarismo tribal que no tiene nada de común con los ideales republicanos por los cuales los hombres heroicos de ambas religiones dieron sus vidas a través de muchas trágicas generaciones. Ahora cada provocación de la IRA, acentúa el hecho de que los extremistas oran-gistas acentúen su alejamiento de las vías del progreso irlandés. Porque una Irlanda unida, pero con cualquier minoría desafecta, sería una desagradable sociedad.

DAVID ROBINSON: *War in Eritrea* («La guerra en Eritrea»), pp. 269-272.

La guerra civil se está desarrollando en las provincias del Norte de Eritrea desde hace casi una década, aunque la rebelión de Eritrea es acaso la menos comentada de todas las «guerras olvidadas» de Africa. Desde 1961 el movimiento separatista se ha desarrollado hasta ser una rebelión en completa escala contra el Gobierno del Emperador Haile Selassie, y ha hecho familiar la estampa de los ataques terroristas, a los cuales siguen las salvajes represalias del ejército etíope con las cuales sólo se consigue indisponer con la población civil. Hay más de 60.000 refugiados eritreos en el Sudán, y un número inde-

terminado de prisioneros políticos se están agotando en las prisiones de provincias.

La insurrección eritrea difiere de las otras en dos principios básicos. El primero fue la supresión de la autonomía eritrea en 1962, lo cual fue uno de los más groseros ejemplos de imperialismo por parte de un Estado africano moderno. El segundo es la fragilidad del nacionalismo eritreo, el cual se ha forjado en la presente lucha, con una abigarrada colección de grupos diferentes en las etnias, los idiomas y las religiones. En realidad la formación de Eritrea fue un producto de la colonización italiana, y sus fronteras llegaron hasta los puntos donde se paró el primer avance italiano. Los habitantes son en mayoría cristianos agricultores de idioma tigrino, y el resto, musulmanes de orígenes diversos. Los cincuenta años de régimen italiano se caracterizaron por rápidos progresos económicos. De 1941 a 1951, como resultado de la segunda guerra mundial, Eritrea fue administrada por Gran Bretaña bajo un mandato de la ONU. Entonces una atmósfera libre estimuló las discusiones políticas locales, y se pidió la libre determinación de los eritreos. En 1950 la ONU creó una Eritrea autónoma, con su propia bandera y sus propios idiomas (tigrino y árabe), aunque bajo soberanía del Emperador etíope.

En 1962 la federación fue bruscamente suprimida por los gobernantes de Addis Abeba, los cuales hicieron de Eritrea una más entre las provincias del Imperio. El régimen autocrata y semifeudal del Gobierno imperial no podía tolerar la existencia de una verdadera organización democrática dentro de sus propias fronteras. Después la represión ha seguido año tras año con una continua violencia.

Respecto al porvenir, la independencia de Eritrea seguirá siendo difícil, pero no imposible; sobre todo por razones internacionales. Eritrea tiene una importancia estratégica para las grandes potencias, como los Estados Unidos y la URSS. Por lo pronto, la base de Kagnev, en Asmara, es la última gran base aérea que Washington

conserva en Africa, con un doble radio de acción sobre el Oriente Medio y el Océano Índico.

R. G. B.

## EUROPA ARCHIV

Bonn

Año 26, núm. 13, 1971

HANSEN, NIELS: *Politische Zusammenarbeit in Westeuropa* («Colaboración política en Europa occidental»), pp. 456-464.

El 13-14 de mayo de 1971 se reunieron en Luxemburgo los ministros de Asuntos Exteriores de los Seis, y el 18 de mayo tuvieron un intercambio de opiniones con los representantes de los entonces cuatro aspirantes a la entrada en MC, con el fin de estudiar diferentes problemas relativos a la colaboración política en toda Europa occidental.

Con este motivo se publicó un informe en que se manifiesta la ausencia de las instituciones necesarias para intensificar esta clase de colaboración. Por cierto, se trata más bien de una coordinación de las políticas nacionales frente al exterior. Mientras tanto, no existe colaboración alguna en el campo de la defensa y el impacto del Parlamento europeo es prácticamente nulo.

Ahora bien, a pesar de la postura crítica representada por diversos sectores de la opinión pública europea, la reunión de Luxemburgo constituye, al menos, un intento de salir del estancamiento ya crónico desde 1962. Por el momento existe como órgano consultivo las reuniones de los ministros de Asuntos Exteriores, que puede promover relaciones con otras comunidades a base de las experiencias de la última postguerra. Hay que admitir la imposibilidad de realizar planes demasiado ambiciosos. En todo caso, está prevista la formación del espíritu y de la solidaridad comunitarios.

La nueva cooperación política destaca por su dinamismo y los fines establecidos a conseguir durante el próximo periodo.

Año 26, núm. 14, 1971

NERLICH, UWE: *Zur Struktur und Dynamik europäischer Sicherheitspolitik* («En torno a la estructura y dinámica de la política europea de seguridad»), páginas 481-494.

La política europea de seguridad se encuentra en una fase en que empiezan a vislumbrarse nuevos elementos y al mismo tiempo se consiguieron determinar criterios de una nueva valoración de las cosas. Es un proceso de transformación de los viejos conceptos que no es fácil eliminar de la vida real.

Es bien sabido que la situación militar ha cambiado considerablemente en favor del bloque soviético. A pesar de este hecho, existe en los círculos occidentales la opinión de que ha disminuido el peligro soviético. Tal paradoja se basa en la falta de un análisis detenido de la situación y de la manera de abordarla desde el punto de vista político.

Un análisis y una valoración de los problemas de la seguridad en Europa necesita de los tres siguientes criterios: 1. Dinámica en el desarrollo de la relación de fuerzas estratégicas, en oposición al criterio estático, según el cual es posible establecer una relación sólo en una situación determinada; 2. Impacto de la política estratégica en colaboración con otros componentes de la política tanto de seguridad como exterior, teniendo en cuenta ciertos objetivos puramente políticos; 3. Situaciones asimétricas en la relación de fuerzas americano-soviéticas.

La política de la seguridad europea comienza a cambiar la situación hasta ahora paralizada desde los años cincuenta y hacerse dinámica, aunque siempre dentro de los límites de lo posible.

S. G.

## RELAZIONI INTERNAZIONALI

Milán

Vol. XXXV, núms. 45-46, noviembre 1971

FRANCESCO RICCIU: *Verso la costruzione di un «nuovo» ordine internazionali* («Hacia la construcción de un "nuevo" orden internacional»), pp. 1095-1096.

Es evidente que sea cual fuere la conducta de los gobernantes de Pekín después del ingreso de la China de Mao en la ONU se tratará de una conducta diferente. Esto quiere decir que en un sentido de derecho, la presencia maoísta en la sede de las Naciones Unidas no es sólo la de un «nuevo» Estado, sino que se trata de conferir a otro titular la identidad del «mismísimo» Estado (incluso si no llega a la expulsión de Formosa). De todos modos, en términos realistas resulta cierto que el voto del 25 de octubre de 1971 ha introducido un país «nuevo» dentro de la misma organización internacional, lo cual legitima todos los interrogantes. Ante todo por el relieve de los delegados enviados por Pekín a la ONU; como el viceministro del Exterior, Chiao Huan, y el delegado permanente, Huang Hua; ambos hombres de Chu En Lai. Ellos garantizan por lo menos que la China auténtica ha ido a Manhattan para desenvolver una actuación de gran empeño.

Pekín se siente ahora como un centro de atracción para que los países pequeños y débiles vean una posibilidad concreta de fin del doble predominio ruso-norteamericano en los asuntos mundiales. Esta circunstancia pone a China en una condición paradójica: la de que habiéndose manifestado contraria a la política de las superpotencias y a la contraposición de los bloques se sienta hoy impulsada a constituir el elemento básico de un tercer conjunto al que ha designado como «bloque de pobres y oprimidos» dentro del Tercer Mundo.

También parece deducirse que dentro de

la ONU el mayor empeño de Pekín respecto a las relaciones entre Estados producirá readaptaciones de amplitud global. La era de Yalta, en la cual las dos superpotencias imponían su «orden», ha sido sustituida por una realidad de recambio, en la cual China ocupa una posición de primer plano. Esto parece anunciarse como beneficioso para la ONU, que se había venido reduciendo al papel de tribunal para conferencias, con escasa efectividad sobre las peripecias mundiales. La Organización de las Naciones Unidas sacará ventajas del ingreso de Pekín, porque Pekín tratará de que la ONU se ocupe de los problemas más ardientes en el escenario internacional, con el fin de sustraer sus soluciones a un entendimiento separado entre Moscú y Washington. Este hecho no significará que el palacio de cristal de la ONU se transformará en un terreno para vociferar, sino que las Naciones Unidas podrán recibir la autoridad que les concedía la Carta de San Francisco.

Pekín puede tener éxito allí donde los dos supergrandes han actuado para no tenerlo. En realidad ni los Estados Unidos ni la Unión Soviética mostraban un verdadero interés en unir o unificar las voces del Tercer Mundo, sino que las utilizaban según su comodidad en casos sueltos. China, por distinguirse, manifiesta el interés opuesto, y el Tercer Mundo, en la actual conjetura tiene a su vez interés en secundar la conducta china, en cuanto estos juegos complicados puedan contribuir a reforzar la ONU. Aunque es evidente que China no maniobrará por filantropía, sino por deliberada estrategia de irradiación.

LUIGI GOLINO: *Evoluzione della linea italiana* («Evolución de la línea italiana»), páginas 1103-1104.

Para Roma, el problema de la admisión de Pekín en las Naciones Unidas siempre tuvo el carácter de una elección política. La historia de las relaciones entre Italia

y China demuestra que la importancia de los cambios (sobre todo comerciales) se desarrolló esquivando los imperativos políticos. Este lo inició desde 1955 el entonces ministro italiano de Asuntos Exteriores, Martino. Ha de recordarse también que en los últimos meses de 1964 se había conseguido un acuerdo «privado» entre Italia y China, aunque hubo de esperarse algunos años hasta llegar al reconocimiento diplomático. Por último, aunque en octubre (de 1971) Italia no fue uno de aquellos países a los que China debió su ingreso en la ONU, según la exigencia de que se expulsase a Formosa) entre tanto llegaba a Roma para firmar acuerdos una delegación de Pekín, presidida por el ministro de Comercio Exterior, Pai Hsiang Kuo.

Desde 1949 el problema de la admisión de China en la ONU fue siempre sostenido y favorecido por Italia, en vista de su significado ampliamente político; sobre todo cuando se realizaban esfuerzos para que la línea general de la política italiana se diferenciase de la de Washington. Sin embargo, sólo después de que en 1964 Francia reconoció a Pekín, los gobernantes italianos se fueron inclinando, hasta 1968, a seguir la misma conducta. Pero sólo adecuadamente a la posición de Roma respecto al núcleo europeo occidental.

R. G. B.

### INDIA QUARTERLY

Nueva Delhi

Vol. XXVII, núm. 2, abril-junio 1971

RONALD P. BARSTON: *Cyprus: The Unresolved Problem 1963-70* («Chipre: El problema sin resolver 1963-70»), páginas 114-121.

Chipre se transformó en República independiente el 16 de agosto de 1960 sobre la base de los acuerdos Zurich-Londres. Su población consta de dos diferentes gru-

pos étnicos: la comunidad greco-chipriota, que supone la mayoría de la población, y los turco-chipriotas, que forman el 18 por 100 de la población. Los cinco años anteriores a la independencia fue una lucha entre la greco-chipriota EOKA y las fuerzas británicas. Los acuerdos de Zurich-Londres establecían un presidente greco-chipriota y un vicepresidente turco-chipriota, que serían elegidos, separadamente, por sus respectivas comunidades. Tres de los diez miembros del Consejo de Ministros serían turco-chipriotas, así como 15 de los 50 miembros de la Cámara de Representantes. Después de la independencia, los greco-chipriotas acusaron a los turco-chipriotas de no cooperación y ánimo secesionista. Los últimos se resintieron de las continuas alusiones de aquéllos a la *enosis* y por la continua inclusión de prominentes miembros de la EOKA, en la Administración de Chipre. Se produjo una etapa de continuas tensiones, que desembocó en la lucha intercomunal de 21 de diciembre de 1963, que se propagó a toda la isla. La Gran Bretaña asumió inicialmente la responsabilidad de la seguridad interna, responsabilidad que fue transferida el 15 de febrero de 1964 a las Naciones Unidas, que creó un cuerpo pacificador, el UNFICYP. Durante un período de tres años después de la creación del UNFICYP las relaciones entre las dos comunidades se caracterizaron por la confrontación militar. Ambas comunidades reorganizaron sus fuerzas armadas después de 1964 con la ayuda de las fuerzas nacionales griegas y turcas estacionadas en Chipre por el Tratado de Alianza. En noviembre de 1967 tuvieron lugar serios choques entre las dos comunidades en Ayios, Theodoros y Kophinu y el Gobierno turco movilizó, como hiciera en 1964, sus fuerzas armadas, dirigiendo un ultimátum al Gobierno de Atenas para que evacuara al general Grivas y la retirada de las fuerzas griegas. Por el acuerdo Vance, de 29 de noviembre, ambos Gobiernos se comprometieron a retirar sus fuerzas militares. La retirada de las fuerzas griegas debilitó la posición mi-

litar de los greco-chipriotas, pero permitió al arzobispo Makarios incrementar políticamente su libertad de acción.

URMILA PHADNIS: *Trends in Ceylon Politics* («Tendencias en la política de Ceilán»), pp. 122-139.

El Frente Unido de los Partidos había prometido al electorado varias medidas muy populares que favorecieron su triunfo. No obstante, la estructura colonial de la economía de Ceilán —definida por tensiones de su sociedad pluralista y la altamente articulada naturaleza de su electorado— hicieron inviable la tarea del Gobierno de Sirimavo. Por otra parte, la composición del Gobierno del Frente de los tres partidos (El *Sri Lanka Freedom Party* (SLFP), el trotskysta *Lanka Semasamaj* (LSSP) y el Partido Comunista) necesitaba para su funcionamiento el arreglo de los conflictos entre dichos partidos. Esto no ha sido fácil. Pronto después de su triunfo, la señora Bandaranaike trató de obtener un equilibrio de las comunidades en su Gabinete. Para ello incluyó, aparte de los representantes de los tres partidos citados, un musulmán que encabezaba el Frente Islámico Socialista, el doctor Badiuddin Mahmud, y también a C. Kumarasurier, tamil ceilandés. Además nombró a C. Subramaniam líder en la Cámara de Representantes. En 1965 el Gobierno Senanayake

tenía el apoyo de los dos partidos tamiles. Pero en las elecciones de 1970 ambos le habían abandonado, debido a que la política de lengua y religión que había desarrollado durante su etapa gubernamental le había enajenado la simpatía tamil. El Gobierno Bandaranaike procuró atraerse también a la población católica de la isla, que representa el 7 por 100 de los habitantes, tributando una gran acogida al Papa Pablo VI. Este gesto fue descrito en el influyente diario *Ceylon Daily News* como «sabio y feliz». En la esfera administrativa, desde poco después de la subida al poder, el Gabinete Bandaranaike había procedido a la politización de la burocracia, tomando medidas tendentes a asumir una más directa participación en el trabajo administrativo. La institución de los Consejos de Trabajadores tuvo un gran impacto en el sector laboral. En los asuntos exteriores se adoptó un giro radical decidiendo el reconocimiento de los países que habían quedado divididos después de la guerra: Corea del Norte, Alemania oriental, así como el Gobierno Provisional Revolucionario del Vietcong. En el discurso del Trono de 14 de junio de 1970 el Gobierno declaró su intención de congelar las relaciones con Israel hasta que este país cumpliera las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que exigían su retirada de los territorios árabes conquistados durante la guerra de los seis días.

J. C. A.

